

libro investigación **ensayo** crónica crítica

transcripción

Daniel Viglietti

Prólogo al libro de Carlos Molina «El mástil de mi guitarra»

Impresora Aragón, 1999, Montevideo, Uruguay.

Condiciones de uso

1. El contenido de este documento electrónico, accesible en el sitio del *Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán*, CDM (Montevideo, Uruguay), es la transcripción digital de un documento o una publicación del dominio público proveniente de su colección.
2. Su uso se inscribe en el marco de la ley n° 9.739 del 17 de diciembre de 1937, modificada por la Ley n° 17.616 del 10 de enero de 2003:
 - el uso no comercial de sus contenidos es libre y gratuito en el respeto de la legislación vigente, y en particular de la mención de la fuente.
 - el uso comercial de sus contenidos está sometido a un acuerdo escrito que se deberá pedir al CDM. Se entiende por uso comercial la venta de sus contenidos en forma de productos elaborados o de servicios, sea total o parcial. En todos casos se deberá mantener la mención de la fuente y el carácter de dominio público.
3. Los documentos del sitio del CDM son propiedad del Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán, salvo mención contraria, en los términos definidos por la ley.
4. Las condiciones de uso de los contenidos del sitio del CDM son reguladas por la ley uruguaya. En caso de uso no comercial o comercial en otro país, corresponde al usuario la responsabilidad de verificar la conformidad de su proyecto con la ley de ese país.
5. El usuario se compromete a respetar las presentes condiciones de uso así como la legislación vigente, en particular en cuanto a la propiedad intelectual. En caso de no respeto de estas disposiciones, el usuario será pasible de lo previsto por la Ley n° 9.739 y su modificación por la Ley n° 17.616 del 10 de enero de 2003.
6. Para obtener un documento del CDM en alta definición, dirigirse a:
consulta@cdm.gub.uy

CDM

Centro Nacional de Documentación Musical Lauro Ayestarán

www.cdm.gub.uy

correo electrónico: info@cdm.gub.uy

Prólogo al libro de Carlos Molina
«El mástil de mi guitarra»,
publicado con posterioridad a su muerte¹
Daniel Viglietti

- *¿Usted nunca ha payado con el Diablo, Molina?*
 - *Sí... Sí... Con el Diablo he payado. No hay otro diablo que la injusticia social, no hay otro Diablo que los que se entrometen y obstruyen el destino de mi país y de mi continente. Contra ese Diablo he vivido payando toda mi vida.*
 [de una entrevista en el semanario *Marcha*]

Carlos Molina ¿Trovador repentista, payador trashumante? ¿logró lo imposible, seguir payando después de irse?

Fue tal la energía de su canto, de su ética, tal la persistencia de su pulgar en el *mi menor* de la milonga, la riqueza de su rasgueo en el *mi mayor* de la cifra, que sigue improvisándonos en la sangre, en nuestro interior. Con su sonrisa pagana de anarquista irredento, el ácrata Molina, con el pie en una silla y la cabeza y la golilla al viento, sigue armando décimas. Las desparrama entre tantas memorias, que cada una toma algo de esas semillas y las aspas de molina siguen girando. No como el girasol sino como giralibertad, girigualdad, girajusticia. Pocos seres tan entrañables y enteros como él.

Aunque ya nos estaría sugiriendo la sobriedad, cuántas décimas harían falta para hacer su justo elogio. Porque tuvo el genio de un payador lleno de inventiva y de sabia técnica junto al temple ineludible de sus ideas libertarias. Este hombre profundo y rebelde marca para siempre la historia de la payada en el mundo. Caminante cuya brújula siempre señala hacia los más desposeídos, los más necesitados de su canto. Este hombre de Cerro Largo que muy largo tuvo el paso.

Lo recuerdo contrapunteando con el poeta peruano Nicomedes Santa Cruz en Casa de las Américas, en la Habana, en 1967. Alzando su voz en medio del recital montevideano “Uruguay Canta”, cuando con Marcos Velázquez y otros impulsábamos el Centro de la Canción Popular Uruguaya.

Más tarde lo oigo evocando a Raúl Sendic –entonces en la clandestinidad– desde décimas improvisadas en el teatro El Galpón, en aquellos años 70 en que eso era ya muy temerario. Releo su nombre escrito por el gran poeta argentino Juan Gelman en aquellos memorables versos (“Pensamientos”) de octubre de 1967:

soy de un país donde hace poco Carlos Molina
uruguayo anarquista payador
fue detenido [...]
[...] Molina contaba como siempre bellezas y dolores
cuando
de pronto el Che empezó a vivir a morir en su guitarra
y así
la policía lo detuvo

¹ Impresora Aragón, Montevideo, 1999.

A su paso por Madrid, aún en plena dictadura uruguaya, compartimos escenario en un estadio de fútbol, con Joan Manuel Serrat, el cuarteto Cedrón y varios artistas españoles y latinoamericanos, en un festival de solidaridad con la resistencia de nuestros pueblos. Carlitos, en su bolsillo el pasaje de regreso a aquel oscuro tiempo uruguayo, desafiando el peligro del castigo.

Nos cruzamos de nuevo en la ciudad de Colonia, en Alemania, nuestro payador conmoviendo a los alemanes más allá de las fronteras idiomáticas.

Luego soy testigo de un recital en París y una entrevista que le hacen en Radio Libertaire, todo durante esa su última gira por Europa, donde encontró a incontables compañeros libertarios. Tras la dictadura, en la nueva etapa, nos vemos varias veces. En una ocasión me comenta que desea encontrarse con Mario Benedetti, charlar un rato con el poeta. El encuentro se da un mediodía en que nos juntamos también con otros hermanos: Juan Capagorry –otro ausente irrepetible– y Coriún Aharonián que tanto lo quiso y lo apoyó en su vida de payador. Mario, profundo sabedor de lo que es la versificación y las particularidades de la improvisación, le transmitió todo su respeto y su cariño aquel día. Carlitos vibraba de alegría y desataba su carcajada de cifra en aquel encuentro sin contrapunto.

Entre la mucha gente que admiraba al “bardo del Tacuarí”, como también se le llamaba, había dos Atahualpas: uno, del Cioppo, en una de cuyas puestas teatrales intervino Carlos, y el otro, Yupanqui, quien lo tenía en alta estima. Ese Yupanqui que también publicó varios libros y que me imagino que más de una vez habrá pensado en Molina al componer su “payador perseguido”.

Uno de los últimos encuentros que tuve con Carlos fue en su casa, en el barrio del Cerrito de la Victoria, junto a su familia. Siempre con su sonrisa esperanzada, con su confianza en lo mejor del hombre a pesar de todos los pesares. Exigiendo y exigiéndose, en esa difícil dialéctica de revolucionar/se.

Con su humildad sin estuche. Generoso con los desaciertos humanos, tolerante con los que –dentro de la “zurda” – no pensaban de la misma manera, pero intransigente y duro con los desmemoriados, los sectarios, los vanidosos.

Aquella mañana de agosto, Efraín, su nieto, oyó un silencio repentino en el cuarto de al lado donde el abuelo le entonaba a su compañera “La flecha” de Yupanqui. Molina había caído abrazando amorosamente su guitarra.

Este libro de poemas, impulsado tenazmente por Alba, su mujer, ayuda a mantener al *Gaúcho* Molina aún más vivo. Como en todos sus numerosos trabajos en papel o en disco, la obra sigue obrando. Aunque esta vez no se repetirá el ciclo en el que el escritor extraía parte de sus textos para volverlos canción. Y tendrá otra resonancia en mi memoria aquella frase suya: *Yo no canto todo lo que he escrito.*

Lo extrañaré para siempre –en eso el *para siempre* existe– a este querido ser humano e inigualable payador. Con su ternura rojinegra que él sabía invocar con delicado coraje.

Las hojas del nuevo libro, como las de un árbol múltiple, varían de color, de temática, de sensibilidad. El toque mágico del improvisador respira tras la escritura organizada, el pulgar obrero anda detrás de la letra poética. El pájaro sin pluma, el payador sin papel, abrazan al poeta que escribe. - *Se canta con las acuras* - me dijo una vez el *Gaúcho*. Después de leer estos poemas, puedo afirmar que se escribe también con las entrañas.

Cuando estoy solo tengo que improvisar - me confiesa en una entrevista. *Pero yo donde me siento más cómodo es en el contrapunto. Yo me definiría como payador contrapuntista* - afirma riendo. *Soy cantor polémico, me gusta la pelea* - y otra vez le nace su risa sonora de poeta controversial.

Creo que cuando Carlos Molina escribe versos sin guitarra, es con el papel la pelea, con la hoja el fragor del contrapunto. Y entonces, como si frotara dos leñas, saltan chispas, y nace el libro, la milonga pensante, como gallo en el alba.

Daniel Viglietti